

Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL: *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 352 pp. ISBN: 9788491042372

Mariona Rovira Masplà
Universitat Autònoma de Barcelona

Voces de la cultura material: una perspectiva alternativa de la Guerra Civil Española y la represión de posguerra

Aunque la etimología de la palabra arqueología obedezca muchas veces a lo que se piensa de esta disciplina científica –que se trata de una ciencia que estudia las sociedades humanas a través de la cultura material de la antigüedad–, el autor demuestra que es totalmente posible y fructífero hacer una arqueología contemporánea, una arqueología que puede estudiar las guerras y la violencia política del siglo XX, tal y como fue la Guerra Civil Española. Alfredo González Ruibal, investigador y miembro del CSIC y experto reconocido internacionalmente en la arqueología del pasado contemporáneo de los siglos XX y XXI propone una visión arqueológica, distinta, objetiva y crítica de la Guerra Civil Española y parte de la posguerra en su libro *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil Española*. El estudio de la Guerra Civil y el franquismo en perspectiva arqueológica ha avanzado en los últimos años, pero, tal y como afirma el autor, uno de los problemas principales de este nuevo campo es la fragmentación y el localismo, hecho que ha conllevado a analizar el conflicto como si de muchos se tratara.

Uno de los primeros momentos de interés de la arqueología hacia la Guerra Civil Española se produjo en octubre del año 2000 con el descubrimiento de una fosa común en la localidad de Priaranza del Bierzo (Castilla y León). En ella yacían 13 republicanos, hecho que motivó la creación de gran cantidad de asociaciones para recuperar la memoria de los vencidos, silenciados y olvidados durante tantos años. González Ruibal, interesado por un pasado reciente como era la Guerra Civil Española, decidió de manera científica iniciar un trabajo que le llevaría, finalmente, a la redacción del presente libro. Se debe tener en cuenta, tal y como repite el autor en varias ocasiones, que, aunque él sea el autor del libro, el trabajo que en él se plasma es gracias a todo un equipo de arqueólogos que ha estado trabajado desde el año 2006 en diferentes puntos de España (Madrid, Cataluña, Castilla y León, Castilla-La Mancha, Extremadura, Aragón y Galicia) que tuvieron un papel fundamental (o a veces no tanto) en el conflicto. No solo han trabajado en trincheras, fortificaciones y campamentos militares sino también en campos de concentración, destacamentos penales, fosas comunes, prisiones y poblados de familiares de presos.



La memoria oficial durante los cuarenta años de dictadura fue la memoria franquista, hecho que provocó una “amnesia colectiva”. Muchos prefirieron borrar de su memoria aquellos recuerdos traumáticos o simplemente se olvidaron porque les hicieron creer que no eran relevantes. Sin embargo, la arqueología no discrimina entre objetos ni las historias que éstos cuentan, sino que todo lo que existe tiene igual relevancia, desde materiales de guerra hasta objetos cotidianos. A través de simples objetos que *a priori* pueden parecer inútiles para contribuir al relato histórico se pueden descifrar preguntas o descubrir hechos que no aparecen en los documentos históricos. En clave histórica, es evidente que algunas batallas como la de Madrid, la del Jarama, la de Guadalajara o la del Ebro fueron cruciales en el devenir de la guerra, pero también hubo otras, no tan decisivas, pero no por ese motivo deben ser condenadas al olvido. Tal y como el autor plantea, la arqueología es capaz de detectar los temblores de la historia, las grandes interrupciones; uno de éstos empieza el verano de 1936.

Hasta hace relativamente poco, los vestigios de la Guerra Civil Española eran simples ruinas olvidadas que se confundían con restos de otras épocas. Se tenía que reconstruir un pasado que aún no estaba sellado, un pasado que aún era presente a través de aquellas construcciones visibles que ya formaban parte del paisaje para muchos. Aquellos escombros que habían permanecido invisibles durante cuarenta años de dictadura franquista súbitamente devinieron manifiestos. Los vestigios arqueológicos de aquella guerra fratricida eran visibles para los españoles, pero éstos se interpretaron y valoraron de diferentes formas: algunos consideraron que debían seguir siendo invisibles ante nuestros ojos; otros, en cambio, creían que desvelarlos no contribuía a reabrir heridas –porque tampoco estaban cerradas– sino que los restos tenían que considerarse patrimonio histórico del país, hecho que permitiría estudiar científicamente lo que realmente sucedió en aquellos tres años de guerra y durante parte de la represión posterior.

Así pues, el autor divide el libro en ocho capítulos ordenados cronológicamente pero que no se sitúan en un mismo espacio. Aunque el título del libro mencione las trincheras y la Guerra Civil Española, el libro no se basa solamente en eso: la cronología comprende desde el inicio de la guerra en verano de 1936 hasta el cierre del destacamento penal de Bustarviejo (Madrid) en 1952. En 1939, tal y como afirma el autor, «empezó una guerra más perversa, que dejó menos huella en el paisaje» (p. 27). En el programa franquista existía una intención de visibilidad a través, por ejemplo, de los monumentos, pero también existía otra: la intención de ocultar y borrar conscientemente a muchos de la historia. Por otro lado, no se basa solamente en trincheras ya que, aparte de éstas, los escenarios varían: refugios, castillos, parideras, campos de concentración, prisiones, destacamentos penales o fosas comunes, entre otros. No se trata de un inventario de casquillos o latas sino un relato verosímil de la Guerra Civil construido a través de los restos materiales del conflicto que pueden contribuir al conocimiento y a la complejidad del proceso histórico.

A modo de introducción, el autor manifiesta la necesidad de analizar el conflicto arqueológicamente. La disciplina estudia el conflicto a través de los restos materiales de manera global, sin discriminar nada. El autor también plantea por qué motivo se debe estudiar este conflicto desde el punto de vista arqueológico, qué puede aportar la disciplina al conocimiento de la presente problemática.

A continuación, expone como la sacudida y fracaso que produjo la sublevación militar en 1936 llevó al inicio de la guerra. Se habla de la violencia en ambos bandos, las diferentes formas de matar dependiendo del perpetrador y las desconocidas y elevadas cantidades de muertes en los momentos iniciales del conflicto. También se hace referencia a las formas de prolongar el castigo después de la muerte practicadas por parte del bando sublevado contra sus enemigos: como el enterramiento bocabajo servía para eternizar la humillación y deshumanizar al enemigo, por ejemplo. En la última parte de éste, se muestran cómo a través de los restos materiales, no solo objetos sino también cuerpos encontrados en fosas comunes, se puede conocer la sociedad del momento, su alimentación, su salud y su estatus social.

Otro punto que el autor presenta es la relevancia de la ciudad moderna como campo de batalla, espacio ideal para las milicias, pero no para los ejércitos convencionales. Esta circunstancia explicaría parte del fracaso del ejército sublevado en el momento de la toma de la capital. Para ilustrar esta afirmación, se presentan las excavaciones en la Ciudad Universitaria de Madrid, lugar que se convirtió en frente a partir del otoño de 1936. Las bajas no solo se produjeron debido a las muertes en combate o por culpa de bombardeos aéreos sino también a causa de enfermedades causadas por las condiciones en las que se encontraban los combatientes y por la escasez y poca variedad de los recursos alimenticios, hecho que contribuía a menguar su salud.

El año 1937 fue un año decisivo desde el punto de vista de las operaciones bélicas. El cuarto capítulo está dedicado a algunas batallas como la del Jarama, la de Belchite y algunos episodios de la Ofensiva del Norte. Muchos de estos enfrentamientos tuvieron lugar en escenarios cargados de historia: el autor advierte que durante las excavaciones encontraron vestigios de épocas anteriores. El capítulo termina con *La matanza de los inocentes*, un episodio que muestra el horror perpetrado por el IV Batallón de Montaña de Arapiles nº7 de la Brigada de Navarra a través de una fosa común encontrada en la localidad de Valdediós (Asturias) en 2003 por la Sociedad de Ciencias Aranzadi. A partir de los restos arqueológicos encontrados se ha contribuido a la reconstrucción y conocimiento más extenso de los hechos.

En contraposición, el siguiente capítulo (*La Batalla Olvidada*) pone de relieve que también es posible hacer una arqueología de aquello que se ha considerado poco relevante (no determinante en los acontecimientos de entonces) pero no por eso motivo debe ser borrado y sepultado de la memoria colectiva y la historia. El autor presenta la ofensiva del Alto Tajuña entre el invierno y la primavera de 1938 y demuestra que la arqueología como microhistoria no se trata de una disciplina fría y mecánica, sino que humaniza a los sujetos que desempeñaron un papel, aunque fuese considerado irrelevante para el devenir de la guerra. Se ponen de manifiesto los subalternos, aquellos que se han visto condenados a un olvido permanente y han sido apartados del discurso predominante y hegemónico de la historia. Así pues, a través de los objetos encontrados en esta zona como plumas, botellas de alcohol o la basura producida por los mismos soldados se reconstruyen hechos históricos no documentados como fueron el asedio de la Enebrá Socarrá y la batalla de la Nava.

El saqueo de material de la Guerra Civil ha disminuido en paralelo al surgimiento de una conciencia patrimonial. El escenario del Ebro reflejado en el sexto capítulo presenta esta problemática. Aunque se tenga un vasto conocimiento de los hechos acontecidos en el lugar y haya muchos restos arqueológicos (muchos procedentes de colecciones privadas) el terreno ha

sido poco estudiado arqueológicamente. No solo se presentan las trincheras de la contienda sino también fortificaciones de ambos bandos y campamentos dónde se encontraron una gran cantidad de objetos cotidianos (espejos, maquinillas de afeitarse o tubos de pasta de dientes). Cuando excavaron una trinchera en la Cota 562 hallaron en el interior de ésta, justo en uno de los zigzags, a un soldado republicano que denominaron *Charlie*. A través de la posición del cuerpo, la ropa y los huesos se reconstruyó su muerte. Además, el autor hace una reflexión sobre el destino de los huesos de éste: el memorial de Camposines, edificio que acoge los huesos de soldados de ambos bandos y los conmemora del mismo modo, forma a partir de la cual se da a entender que el conflicto está superado.

Después de la derrota de los republicanos en la Batalla del Ebro, la suerte para éstos ya estaba echada. El autor muestra en el séptimo capítulo como la Batalla de Cataluña dejaría pocos restos arqueológicos debido a que el Ejército Popular se deshizo de ellos en su retirada hacia Francia y como las defensas solo servirían para ralentizar el ejército franquista. Para los republicanos, la guerra no terminaría en febrero de 1939 sino que a partir de ese momento empezaría una nueva violencia caracterizada por campos de concentración no solo en España sino también en Francia y, más tarde, en los campos de concentración nacionalsocialistas. También se presenta los problemas en el bando republicano en los últimos momentos de la guerra no solo en relación con la poca homogeneidad del armamento sino también con los problemas de desertión.

El autor, tal y como se ha afirmado al principio, no se detiene con el final oficial de la guerra el 1 de abril de 1939 sino que analiza arqueológicamente la posguerra a través de los campos de concentración, las fosas comunes, los destacamentos penales u otros edificios que fueron reutilizados como espacios represivos. Después de la guerra, muchas personas se quedaron sin hogar y sin trabajo y se vieron obligadas a vivir en condiciones penosas. Muchos de los vestigios de la guerra fueron utilizados para reconstruir casas o roturar campos y algunos indigentes los utilizarían como su hogar. A partir de 1958 se comenzaron a recuperar cuerpos caídos en combate, pero se hizo de manera aleatoria y para ser destinados al Valle de los Caídos. Un nuevo paisaje totalitario se iba construyendo sobre las ruinas que había dejado la guerra; era un paisaje que se llenaría de monumentos a los mártires de la Cruzada y, en definitiva, de la arquitectura oficial franquista. Esto se ve reflejado a través del análisis de las cascuartel de la Guardia Civil, las fosas comunes con cadáveres, las prisiones y los campos de concentración. Se trataba de una maquinaria disuasoria para recordar a aquellos no adeptos al régimen que el discurso bipolar de la “España” y la “anti-España” aún estaba presente. La arquitectura mostraba quien tenía realmente el poder y control. Además, muchos espacios medievales se recuperaron para situar esta maquinaria. De esta forma podía vincularse con la ideología del pasado imperial español. El paso de una persona que no era afín al nuevo régimen por un espacio de esta grande maquinaria totalitaria era necesario para crear o neutralizar un nuevo sujeto. Era la penitencia que tenía que cumplir para redimir sus pecados y devenir un sujeto perdonado y nuevo.

El autor utiliza como ejemplos representativos de un amplio sistema de represión el campo de concentración de Castuera (Badajoz), la cárcel de Carabanchel (Madrid), construida por prisioneros republicanos entre 1940 y 1944 con un modelo arquitectónico arcaico que representaba el conservadurismo y tradicionalismo del franquismo y el destacamento penal de

Bustarviejo (Madrid) y su espacio circundante donde residían muchos familiares como mecanismo disuasorio hacia los presos. Tal y como muestra el autor, a través de la historia que cuentan los objetos se observa como la maquinaria franquista pretendía neutralizar el sujeto para reducirlo a un estado casi animal. Muchas de las infraestructuras actuales como algunas carreteras, embalses o aeropuertos fueron construidos después de la guerra con mano de obra de prisioneros republicanos. La huella que dejó la violencia después de 1939 es más difícil de rastrear por parte de la arqueología ya que el régimen pretendió ocultarla desde el primero momento.

En definitiva, además de resultar una lectura agradable gracias a la capacidad del autor para transmitir el mensaje, es un trabajo científico objetivo y ecuánime, en el sentido que se presentan situaciones de ambos bandos combatientes. Es evidente que una narración arqueológica o histórica no puede ser neutral ya que se quiera o no uno siempre se acaba posicionando. Sin embargo, el autor advierte el lector cuando hace juicios de valor. Además, hacer una arqueología de la Guerra Civil ya significa estar haciendo política ya que, tal y como afirma el autor, se trata de un «crímenes contra la humanidad, de la lucha entre la democracia y la dictadura, el fascismo y la revolución, de la historia de nuestros padres y nuestros abuelos» (p. 32). El presente libro se suma a la gran cantidad de publicaciones referentes a la Guerra Civil Española, pero al mismo tiempo se podría considerar un punto de partida novedoso que abre puertas a nuevas posibles investigaciones arqueológicas que no solo pueden contribuir a la tradicional historia militar sino también a otras perspectivas como la historia cultural o social.